Composición

Revista de filosofia habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 6 · 4 de septiembre de 2026

La *symploké* finita. El límite ontológico exhaustible de toda composición material

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

El Composicionismo introduce el concepto de *symploké* finita y estructuralmente exhaustible como el límite ontológico último e inmanente de toda forma material. No se trata de una finitud accidental ni de un horizonte meramente empírico, sino de la condición estructural de que todo entramado de composiciones tiene un punto real de agotamiento. Este concepto revoluciona la ontología del sistema: transforma la consistencia objetiva en algo necesariamente finito, la teleología inmanente en urgente, la historicidad en radical y la praxis en responsable sin promesa de reconciliación final. El artículo expone el estatuto ontológico de la *symploké* finita, sus implicaciones en los cinco ejes y sus consecuencias éticas, políticas y existenciales.

Palabras clave: *Composicionismo; symploké finita; límite ontológico exhaustible; finitud material estructural; consistencia bajo agotamiento; teleología inmanente urgente.*

Abstract

Composicionism introduces the concept of finite and structurally exhaustible *symploké* as the ultimate immanent ontological limit of every material form. It is not an accidental finitude nor a merely empirical horizon, but the structural condition that every web of compositions has a real point of exhaustion. This concept revolutionizes the system's ontology: it turns objective consistency into something necessarily finite, immanent teleology into something urgent, historicity into something radical, and praxis into something responsible without the promise of final reconciliation. The article develops the ontological status of the finite *symploké*, its implications for the five axes, and its ethical, political, and existential consequences.

Keywords: *Composicionism; finite symploké; exhaustible ontological limit; structural material finitude; consistency under exhaustion; urgent immanent teleology.*

---

1. Introducción: el límite que el bisturí no puede disolver

Hasta ahora el bisturí composicionista operaba destruyendo todo soporte trascendente mientras conservaba la función racional de las categorías platónicas. La inversión materialista integral había logrado reconstruir la ontología, la gnoseología, la ética, la política y la antropología sin recurrir a ningún fundamento externo al mundo material. Todo quedaba inscrito en la *symploké*: un entramado de formas que se componen, se estabilizan, se capturan y se descomponen. Sin embargo, había un punto que permanecía implícito: la materia misma, aunque finita en cada una de sus formas concretas, aparecía como abierta de manera indefinida en su conjunto. La *symploké* material era pensada como dinámica, conflictiva, estratificada y no totalizable, pero sin un límite ontológico explícito de agotamiento.

Esta omisión ya no es sostenible. El concepto de *symploké* finita y estructuralmente exhaustible introduce el cierre ontológico del sistema sin recaer en trascendencia ni en metafísica clásica. No es un añadido cosmológico ni una simple extensión de la ecología: es el límite ontológico interno que afecta a la totalidad de las composiciones posibles. Mientras esa posible infinitud implícita de la propia materia permaneciera sin tematizar, el sistema corría el riesgo de dejar abierta una vía de escape hacia formas encubiertas de progresismo, de plasticidad ilimitada o de recomposición indefinida. La introducción de la *symploké* finita cierra esa vía: establece que el entramado material no solo es conflictivo y estratificado, sino también limitado en su capacidad de sostener composiciones. No hay un fondo infinito de recomposición posible. Hay un horizonte real de agotamiento.

Este límite no es empírico en sentido débil ni meramente ecológico en sentido restringido. No se reduce a recursos naturales concretos ni a condiciones históricas particulares. Es ontológico: afecta a la estructura misma de la *symploké*. Significa que toda composición, en cualquier nivel, se da dentro de un campo finito de posibilidades que puede saturarse, degradarse o agotarse. La *symploké* finita transforma profundamente el sistema: la consistencia objetiva deja de poder pensarse como proceso indefinidamente abierto; la teleología inmanente deja de poder imaginarse como dirección sin horizonte de agotamiento; la historicidad radical se vuelve aún más incisiva, no solo porque toda forma puede descomponerse, sino porque el propio campo de recomposición tiene límites.1

Ahora bien, este cierre ontológico no elimina ni contradice lo ya establecido sobre la historicidad radical y sus grados. Al contrario, los radicaliza y los sitúa sobre un fundamento más exigente. La historicidad sigue siendo radical porque ninguna composición está exenta de captura o descomposición; pero ahora se comprende que esa radicalidad no se da en un campo indefinido, sino en un entramado finito. Esto significa que la descomposición no es solo local o reversible: puede adquirir dimensiones sistémicas cuando afecta a condiciones estructurales del propio entramado. Al mismo tiempo, los grados de historicidad siguen operando con plena validez; la diferencia es que ahora deben pensarse dentro de un campo finito, lo que introduce una nueva tensión: no solo hay que distinguir qué puede transformarse y qué debe sostenerse, sino también reconocer que el margen global de recomposición no es ilimitado. La *symploké* finita no niega la posibilidad de recomposición; la vuelve más estricta. No elimina la teleología inmanente; la vuelve urgente. No anula la política; la vuelve responsable frente a límites reales.

2. Concepto composicionista de la *symploké* finita

La *symploké* finita es el entramado material de todas las composiciones reales, finito en extensión, exhaustible en sus recursos estructurales y limitado en su capacidad de integración indefinida. No es un «universo cerrado» en sentido cosmológico clásico ni una totalidad acabada, sino la condición ontológica de que toda red de formas materiales tiene un punto más allá del cual la recomposición ya no es posible sin colapso sistémico. Esto implica que la *symploké* no debe pensarse como un campo indefinidamente abierto de combinaciones, sino como un sistema con capacidades efectivas de integración limitadas: no todo puede integrarse con todo indefinidamente; no toda contradicción puede ser absorbida sin pérdida; no toda descomposición puede revertirse mediante nuevas síntesis. Existen umbrales reales —aunque variables y complejos— de saturación, de degradación y de agotamiento.

Este concepto implica tres tesis centrales: toda composición se sostiene dentro de un horizonte de agotamiento real; la consistencia objetiva es siempre consistencia bajo límite; la teleología inmanente es necesariamente teleología urgente. La finitud no es externa a las formas: es interna a la propia *symploké*. No es una barrera añadida desde fuera ni un accidente empírico que pudiera eliminarse con más conocimiento o más técnica. Es la condición misma de que existan composiciones diferenciadas. Sin límite, no habría forma; sin agotamiento posible, no habría consistencia ni contradicción; sin restricción estructural, no habría diferencia entre integración y colapso. Esto obliga a repensar también la noción de posibilidad: no todo lo pensable es realizable dentro de una *symploké* finita. Las posibilidades no son infinitas; están condicionadas por la estructura del entramado. Hay composiciones que no pueden darse sin destruir las condiciones que las harían posibles.2

---

1 El concepto de symploké finita y estructuralmente exhaustible tiene un antecedente científico preciso en la termodinámica de los procesos irreversibles, en particular en la obra de Nicholas Georgescu-Roegen. Georgescu-Roegen argumentó en La ley de la entropía y el proceso económico que la economía neoclásica ignora la segunda ley de la termodinámica: todo proceso económico convierte baja entropía en alta entropía de manera irreversible. El Composicionismo extiende ese insight más allá de la economía: la irreversibilidad y el agotamiento no son solo propiedades de los procesos energéticos sino características estructurales de toda composición material compleja. La asimetría entre composición y descomposición que el artículo introduce —no toda descomposición puede ser compensada por nueva composición equivalente— es la reformulación ontológica de la irreversibilidad entrópica.

2 La distinción entre finitud cuantitativa y finitud estructural es la aportación conceptual más original del artículo. La física y la economía ecológica trabajan habitualmente con la primera. La teoría de sistemas complejos —en particular Prigogine e Stengers— introduce una noción más elaborada: los sistemas disipativos pueden mantener estructuras alejadas del equilibrio consumiendo flujos de baja entropía, pero tienen umbrales de bifurcación más allá de los cuales la estructura se descompone. El Composicionismo generaliza este principio: toda composición material tiene umbrales de sostenibilidad más allá de los cuales la recomposición deja de ser posible en el mismo nivel de complejidad. La finitud estructural no es cuantitativa sino cualitativa: es el límite de lo que puede integrarse sin colapso.

La *symploké* finita introduce además una diferencia crucial: no se trata de una finitud puramente cuantitativa —cantidad limitada de materia o energía—, sino de una finitud estructural: límite en la capacidad de sostener relaciones, integraciones y recomposiciones sin degradación del conjunto. En este sentido, la finitud no es simplemente «que hay poco», sino que no todo puede sostenerse simultáneamente sin colapso. Además, la finitud introduce una asimetría fundamental entre composición y descomposición: no toda descomposición puede ser compensada por una nueva composición equivalente. Hay pérdidas irreversibles, degradaciones acumulativas y procesos que reducen la capacidad futura de recomposición. La *symploké* no es solo finita; es también vulnerable a su propio agotamiento. Aquí los grados de historicidad adquieren una nueva dimensión: no solo indican niveles de transformabilidad, sino también niveles de impacto en el agotamiento del sistema. El concepto de *symploké* finita exige así una ontología diferencial del cambio: no todo cambio es equivalente, no toda innovación es neutra, no toda destrucción es compensable.

3. Implicaciones ontológicas y antropológicas

Desde el Eje 1 (forma material objetiva) y el Eje 2 (subjetividad producida), la *symploké* finita revela que ninguna forma es eterna ni ilimitadamente integrable. La estratificación de niveles no es un ascenso infinito ni una apertura indefinida de complejidad, sino un entramado que puede saturarse, tensionarse y, en ciertos puntos, bloquear su propia capacidad de recomposición. Las formas materiales no solo se descomponen; pueden hacerlo en condiciones en las que la recomposición se vuelve cada vez más difícil o incluso inviable. La ontología composicionista ya no puede pensarse únicamente como dinámica de composición y descomposición, sino como dinámica de composición, descomposición y agotamiento estructural. Hay procesos que no solo transforman, sino que empobrecen el campo ontológico en el que tienen lugar. Cuanto más compleja es una composición, más vulnerable puede volverse a la degradación de sus condiciones estructurales.

La subjetividad producida es, por tanto, una emergencia finita dentro de un sistema finito. Su capacidad de recomposición es real, pero nunca ilimitada: puede aprender, reorganizarse, crear instituciones, producir conocimiento, transformar su entorno y generar nuevas formas de vida, pero todo ello ocurre dentro de un campo estructuralmente limitado que no controla plenamente. La subjetividad no solo está atravesada por la historicidad, sino también por la exhaustibilidad de las condiciones que la hacen posible. No solo cambia: puede perder capacidad de cambio. No solo se transforma: puede degradarse en su potencia de recomposición. Esto redefine decisivamente la antropología composicionista: el ser humano no es simplemente el ser histórico ni el ser capaz de recomponer.3 Es el ser capaz de reconocer el límite ontológico de la recomposición y de actuar bajo esa condición. No es el señor de la *symploké*, ni su centro, ni su finalidad: es un nudo reflexivo dentro de ella, una forma capaz de tomar conciencia de la finitud estructural del entramado en el que existe.

Los grados de historicidad vuelven a operar aquí con precisión, pero ahora bajo el horizonte de la finitud estructural. Algunas dimensiones de la subjetividad son altamente transformables: hábitos, instituciones, formas culturales, configuraciones del deseo. Otras están ligadas a condiciones más profundas de la *symploké*: estructuras materiales, límites ecológicos, condiciones básicas de reproducción de la vida y de la inteligibilidad. La finitud obliga a distinguir entre cambios que amplían la capacidad de recomposición, cambios que la erosionan progresivamente, y cambios que pueden llevar a puntos de no retorno. Una subjetividad que no distingue entre estos niveles puede actuar de manera transformadora en apariencia y, sin embargo, contribuir al agotamiento del campo en el que esa transformación es posible. La *symploké* finita introduce además una dimensión temporal más estricta: el tiempo no es solo el medio en el que se producen las transformaciones, sino el recurso en el que se juega la posibilidad misma de recomposición. La antropología composicionista se vuelve así más sobria y más rigurosa: el ser humano es una forma finita que puede reconocer su límite, trabajar dentro de él y, en ciertos grados, retrasar o reorientar los procesos de agotamiento. Pero no puede eliminarlos. La condición humana no es solo vivir en la contradicción, sino vivir en la contradicción bajo límite.

4. Implicaciones éticas, normativas y políticas

La consistencia objetiva deja de ser un ideal abierto indefinidamente y se convierte en máxima consistencia posible dentro de un horizonte de agotamiento. La ética ya no puede posponer la recomposición ni confiar en una recuperación futura ilimitada. La virtud es la capacidad de sostener composiciones no destructivas sabiendo que el tiempo y las condiciones son finitos; ya no basta con ordenar el deseo, resistir la apariencia o actuar de acuerdo con un criterio de consistencia local. La virtud incluye ahora la capacidad de reconocer cuándo una práctica, una institución o un hábito no solo introducen contradicción, sino que erosionan la posibilidad de futuras recomposiciones. Ser virtuoso es actuar sin consumir destructivamente el campo en el que la virtud misma puede seguir existiendo.4

El bien se redefine como habitabilidad finita lograda: no plenitud, ni perfección, ni armonía completa, sino la capacidad de sostener formas de vida que no destruyan las condiciones de su propia continuidad dentro de un campo limitado. La habitabilidad finita implica aceptar que no toda potencia debe actualizarse, que no todo deseo debe ser satisfecho, que no toda capacidad técnica debe desplegarse y que no toda expansión aumenta realmente la consistencia. Hay formas de crecimiento que son ya formas de agotamiento. Hay formas de éxito que son, desde una perspectiva más profunda, modalidades de colapso diferido. La evaluación ética no puede detenerse en el nivel inmediato de los efectos visibles: debe interrogar el nivel estructural. Una acción puede beneficiar a un grupo, fortalecer una institución o mejorar una situación concreta y, al mismo tiempo, intensificar la degradación de condiciones ecológicas, antropológicas o simbólicas sin las cuales ese beneficio terminará volviéndose insostenible. Los grados de historicidad permiten aquí una evaluación más precisa: no todas las acciones afectan al mismo nivel y la ética composicionista debe distinguir entre daños locales y daños estructurales, entre transformaciones reversibles y transformaciones que reducen el campo mismo de la reversibilidad.

La polis debe organizar el mundo común sabiendo que la *symploké* es finita. La política deja de poder pensarse como administración dentro de un campo indefinidamente ampliable: pasa a ser una práctica que opera dentro de un sistema que puede saturarse, degradarse y, en ciertos casos, perder su capacidad de recomposición. Ningún régimen puede absolutizarse porque el entramado tiene un límite real de sostenibilidad. En primer lugar, cualquier forma de poder debe subordinarse a la no-destrucción de las condiciones estructurales del todo común. En segundo lugar, la política exige distinguir niveles de intervención: hay formas que pueden transformarse intensamente sin comprometer el conjunto, y formas cuya alteración afecta a condiciones estructurales del sistema. Una política ciega a esta diferencia puede provocar colapsos que no puede recomponer. En tercer lugar, la política debe limitar activamente procesos de captura que aceleran el agotamiento : cuando una parte se absolutiza, reorganiza el conjunto en función de su propia reproducción, reduciendo la diversidad, la flexibilidad y la capacidad de recomposición del sistema.

La política composicionista introduce además una dimensión nueva: la gestión de ritmos. No todos los procesos deben acelerarse, no todas las innovaciones deben desplegarse sin mediación. La política bajo *symploké* finita debe saber cuándo ralentizar, cuándo contener y cuándo redirigir procesos que, sin intervención, tenderían a agotar el sistema. Debe asumir también la irreversibilidad como posibilidad real: no todo daño puede repararse, no toda degradación puede compensarse. La soberanía deja de poder pensarse como ilimitada: ningún poder puede disponer del mundo común como si fuera un recurso inagotable. Gobernar es, en última instancia, administrar un límite que no puede eliminarse.5 La política no desaparece por el límite: se vuelve más necesaria, más responsable y más exigente. Si el campo es finito, toda decisión política importa más, porque sus consecuencias pueden ser irreversibles. La política deja de ser únicamente gestión del presente y se convierte en gestión del límite que hace posible el futuro.

Conclusión

La *symploké* finita no es una tesis pesimista ni una limitación externa añadida desde fuera del sistema. Es el concepto que hace al Composicionismo plenamente materialista y plenamente riguroso.6 Allí donde aún podía quedar una sombra de infinitud implícita —en la historia, en la teleología o en la capacidad de

3 La diferencia entre la finitud de la symploké y la finitud heideggeriana del Dasein merece precisión. Para Heidegger, la finitud es primariamente existencial: el Dasein es un ser-para-la-muerte, y esa finitud es la condición que le permite ser auténtico. El Composicionismo opera con una finitud de naturaleza distinta: no es la finitud del sujeto singular ante la muerte sino la finitud estructural del entramado material en el que toda subjetividad emerge y se sostiene. La finitud composicionista no es existencial sino ontológica: afecta no a cómo el sujeto se relaciona con su propia muerte sino a la capacidad del entramado de sostener composiciones. La angustia heideggeriana puede producir autenticidad existencial; el reconocimiento de la symploké finita produce responsabilidad estructural colectiva.

4 El principio de responsabilidad de Hans Jonas es el antecedente ético más directo de las implicaciones normativas de la symploké finita. Jonas argumentó que la civilización tecnológica ha extendido el poder humano de actuar sobre el mundo hasta un punto en que la ética clásica ya no puede regularlo. Propuso la heurística del miedo: ante la posibilidad de daños catastróficos e irreversibles, el miedo a lo que puede perderse debe tener mayor peso normativo que la esperanza de lo que puede ganarse. El Composicionismo acepta la estructura del argumento: la irreversibilidad introduce una asimetría normativa que Jonas capta bien. La diferencia: Jonas apela a un imperativo ontológico —la existencia de humanidad futura tiene valor en sí— de tendencia neoplatónica. El Composicionismo no necesita ese fundamento: la norma se deriva del criterio de consistencia del todo común, sin imperativo ontológico externo.

5 La afirmación de que «gobernar es administrar un límite que no puede eliminarse» puede compararse con Bataille. Bataille en La parte maldita argumentó que toda economía produce un exceso de energía que debe ser gastado: en lujo, en fiesta, en guerra o en sacrificio. La negación del gasto produce acumulación y finalmente explosión catastrófica. El Composicionismo rechaza el marco bataillano por dos razones. Primera: Bataille presupone un exceso de abundancia que debe disiparse; el Composicionismo parte de una finitud estructural que debe gestionarse. Segunda: la solución bataillana —gasto soberano, erotismo, sacrificio— no puede generar criterios normativos de acción. El Composicionismo necesita criterios precisamente porque el campo es finito y las decisiones tienen consecuencias irreversibles.

6 La conclusión de que la symploké finita hace al Composicionismo «plenamente materialista» puede formularse con precisión respecto al Materialismo Filosófico de Bueno. Bueno definió el materialismo como afirmación de que todo lo real está inscrito en la materia, pero su estratificación en M1/M2/M3 no introduce límite global explícito del entramado. El Composicionismo radicaliza ese materialismo: no basta con afirmar que todo es material si la materia permanece implícitamente infinita en su capacidad de composición. La

recomposición—, este concepto introduce el límite definitivo y cierra cualquier posibilidad de evasión ontológica. La finitud deja de ser un dato entre otros y se convierte en el principio que reordena la comprensión de la consistencia, de la acción, del tiempo y de la responsabilidad. Destruye toda ilusión de infinitud: no hay progreso indefinido, no hay plasticidad absoluta, no hay integración sin resto, no hay tiempo ilimitado para recomponer lo destruido.

Pero este cierre no conduce al nihilismo. La finitud no anula el sentido; lo intensifica. No elimina la acción; la vuelve más urgente. No destruye la política ni la ética; las hace más responsables. La *symploké* finita obliga a componer con lucidez: a reconocer que cada acto de destrucción, cada proceso de captura y cada degradación del mundo común tienen consecuencias que no siempre pueden revertirse. Obliga a pensar la consistencia no como ideal abstracto, sino como algo que se sostiene dentro de un campo limitado, vulnerable y expuesto al agotamiento. Esta lucidez es operativa: introduce una forma más estricta de racionalidad práctica. La acción deja de apoyarse en la esperanza de una compensación futura y se mide por su capacidad de sostener condiciones reales de continuidad.

No hay salvación. No hay reconciliación final. No hay reserva infinita de mundo. Solo hay un entramado material que puede sostener composiciones durante un tiempo, bajo condiciones determinadas, y que puede agotarse si esas condiciones son destruidas. Por eso, la *symploké* finita no reduce el campo de la acción; lo define con precisión. Obliga a distinguir entre lo que puede sostenerse y lo que lo consume, entre lo que amplía la capacidad de recomposición y lo que la agota, entre lo que introduce conflicto productivo y lo que conduce al colapso. Componer en ese contexto no es una opción entre otras: es la única forma de habitar con verdad un mundo material, finito y conflictivo. No como ideal elevado ni como consigna moral, sino como exigencia estructural. Ese límite no es el enemigo de la filosofía. Es lo que la vuelve verdadera.

Notas

1 El concepto de symploké finita y estructuralmente exhaustible tiene un antecedente científico preciso en la termodinámica de los procesos irreversibles, en particular en la obra de Nicholas Georgescu-Roegen. Georgescu-Roegen argumentó en La ley de la entropía y el proceso económico que la economía neoclásica ignora la segunda ley de la termodinámica: todo proceso económico convierte baja entropía en alta entropía de manera irreversible. El Composicionismo extiende ese insight más allá de la economía: la irreversibilidad y el agotamiento no son solo propiedades de los procesos energéticos sino características estructurales de toda composición material compleja. La asimetría entre composición y descomposición que el artículo introduce —no toda descomposición puede ser compensada por nueva composición equivalente— es la reformulación ontológica de la irreversibilidad entrópica.

2 La diferencia entre la finitud de la symploké y la finitud heideggeriana del Dasein merece precisión. Para Heidegger, la finitud es primariamente existencial: el Dasein es un ser-para-la-muerte, y esa finitud es la condición que le permite ser auténtico. El Composicionismo opera con una finitud de naturaleza distinta: no es la finitud del sujeto singular ante la muerte sino la finitud estructural del entramado material en el que toda subjetividad emerge y se sostiene. La finitud composicionista no es existencial sino ontológica: afecta no a cómo el sujeto se relaciona con su propia muerte sino a la capacidad del entramado de sostener composiciones. La angustia heideggeriana puede producir autenticidad existencial; el reconocimiento de la symploké finita produce responsabilidad estructural colectiva.

3 El principio de responsabilidad de Hans Jonas es el antecedente ético más directo de las implicaciones normativas de la symploké finita. Jonas argumentó que la civilización tecnológica ha extendido el poder humano de actuar sobre el mundo hasta un punto en que la ética clásica ya no puede regularlo. Propuso la heurística del miedo: ante la posibilidad de daños catastróficos e irreversibles, el miedo a lo que puede perderse debe tener mayor peso normativo que la esperanza de lo que puede ganarse. El Composicionismo acepta la estructura del argumento: la irreversibilidad introduce una asimetría normativa que Jonas capta bien. La diferencia: Jonas apela a un imperativo ontológico —la existencia de humanidad futura tiene valor en sí— de tendencia neoplatónica. El Composicionismo no necesita ese fundamento: la norma se deriva del criterio de consistencia del todo común, sin imperativo ontológico externo.

4 La distinción entre finitud cuantitativa y finitud estructural es la aportación conceptual más original del artículo. La física y la economía ecológica trabajan habitualmente con la primera. La teoría de sistemas complejos —en particular Prigogine e Stengers— introduce una noción más elaborada: los sistemas disipativos pueden mantener estructuras alejadas del equilibrio consumiendo flujos de baja entropía, pero tienen umbrales de bifurcación más allá de los cuales la estructura se descompone. El Composicionismo generaliza este principio: toda composición material tiene umbrales de sostenibilidad más allá de los cuales la recomposición deja de ser posible en el mismo nivel de complejidad. La finitud estructural no es cuantitativa sino cualitativa: es el límite de lo que puede integrarse sin colapso.

5 La afirmación de que «gobernar es administrar un límite que no puede eliminarse» puede compararse con Bataille. Bataille en La parte maldita argumentó que toda economía produce un exceso de energía que debe ser gastado: en lujo, en fiesta, en guerra o en sacrificio. La negación del gasto produce acumulación y finalmente explosión catastrófica. El Composicionismo rechaza el marco bataillano por dos razones. Primera: Bataille presupone un exceso de abundancia que debe disiparse; el Composicionismo parte de una finitud estructural que debe gestionarse. Segunda: la solución bataillana —gasto soberano, erotismo, sacrificio— no puede generar criterios normativos de acción. El Composicionismo necesita criterios precisamente porque el campo es finito y las decisiones tienen consecuencias irreversibles.

6 La conclusión de que la symploké finita hace al Composicionismo «plenamente materialista» puede formularse con precisión respecto al Materialismo Filosófico de Bueno. Bueno definió el materialismo como afirmación de que todo lo real está inscrito en la materia, pero su estratificación en M1/M2/M3 no introduce límite global explícito del entramado. El Composicionismo radicaliza ese materialismo: no basta con afirmar que todo es material si la materia permanece implícitamente infinita en su capacidad de composición. La symploké finita cierra ese resto de infinitud implícita. Un materialismo que no reconoce la exhaustibilidad del entramado deja abierta, encubiertamente, una forma de trascendencia: la de una materia con capacidad infinita de recomposición. El materialismo integral requiere no solo que todo sea material sino que esa materia tenga un límite estructural real.

Bibliografía

Aristóteles. *Física.* Madrid: Gredos, 1995.
Aristóteles. *Metafísica.* Madrid: Gredos, 2014.
Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx.* Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
Bataille, Georges. *La parte maldita.* Barcelona: Icaria, 1987.
Bloch, Ernst. *El principio esperanza.* Madrid: Trotta, 2004.
Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas.* Madrid: Taurus, 1972.
Bueno, Gustavo. *El sentido de la vida.* Oviedo: Pentalfa, 1996.
Bueno, Gustavo. *El individuo en la Historia.* Oviedo: Imprenta Cabal, 1980.
Georgescu-Roegen, Nicholas. *La ley de la entropía y el proceso económico.* Madrid: Fundación Argentaria, 1996.
Heidegger, Martin. *Ser y tiempo.* Madrid: Trotta, 2003.
Jankélévitch, Vladimir. *La muerte.* Valencia: Pre-Textos, 2002.
Jonas, Hans. *El principio de responsabilidad.* Barcelona: Herder, 1995.
Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos.* Barcelona: Paidós, 1993.
Marx, Karl. *Manuscritos de economía y filosofía.* Madrid: Alianza, 2001.
Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana.* Madrid: Akal, 2014.
Morin, Edgar. *El Método I. La naturaleza de la naturaleza.* Madrid: Cátedra, 1981.
Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
Platón. *República.* Madrid: Gredos, 2020.
Platón. *Timeo.* Madrid: Gredos, 2010.
Prigogine, Ilya, e Isabelle Stengers. *La nueva alianza.* Madrid: Alianza, 1990.
Santoveña Martín, Jorge. *El mundo no se contempla. Se compone. Composicionismo: inversión materialista integral del platonismo. Génesis y sistema.* Letrame, 2026.
Spinoza, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico.* Madrid: Alianza, 2011.
Whitehead, Alfred North. *Proceso y realidad.* Girona: Atalanta, 2012.
Zubiri, Xavier. *Sobre la esencia.* Madrid: Alianza, 1985.
Zubiri, Xavier. *Inteligencia y razón.* Madrid: Alianza, 1983.

symploké finita cierra ese resto de infinitud implícita. Un materialismo que no reconoce la exhaustibilidad del entramado deja abierta, encubiertamente, una forma de trascendencia: la de una materia con capacidad infinita de recomposición. El materialismo integral requiere no solo que todo sea material sino que esa materia tenga un límite estructural real.